

CAPÍTULO LVI. *En que se trata de lo que sucedió a la nao capitana, desde que se apartó de el Cabo de San Sebastián, para venir a la Nueva España, hasta llegar a las islas de Mazatlan*



A DIJIMOS EN EL CAPÍTULO PASADO cómo el día de San Sebastián partió la nao capitana de el Cabo de San Sebastián para venir la vuelta de Acapulco, que es a la Nueva España, de donde había salido, la cual, para recorrer la costa, se llegó a tierra; y costa a costa hizo su navegación por recorrer y mirar si le había quedado sin ver alguna cosa de consideración. Aquí en esta altura pareció estar muy verde y fresca la tierra de la costa, y la de más adentro tenía parecer de buena, fértil y abundante; y parecía estar toda muy poblada, porque por todas partes había muy gran número de unos fuegos. Como el viento era norueste, era a popa, y que para la navegación que se traía era todo el bien que se podía desear; y así no hubo palmo en la costa de tierra, a manera de decir, que no se viese. Viniendo esta nao capitana, con tanta prosperidad y bonanza, como dijimos y tan cerca de tierra, antes de llegar a la canal de Santa Bárbara, a vista de una vistosa y apacible playa, se vieron venir hacia el navío dos canoas o piraguas, cada una con tres personas; y vinieron desnudas, que no traían sino sólo unos pellejos, como de cabra; y llegándose junto a la capitana dieron, cantando, tres vueltas al rededor de la nao; y sin otra cortesía se entraron dentro, con toda la seguridad, llaneza y satisfacción que si entraran en sus casas; dióseles en la nao bizcocho y otras cosillas y se tornaron a sus tierras muy contentos y satisfechos.

Ya cuando la nao capitana llegó de vuelta a este paraje, toda la gente que en ella venía, si no es el general y tres soldados, estaban todos enfermos de la enfermedad que arriba contamos; y el padre comisario fray Andrés de la Asunción andaba en pie y con hartos dolores acudía a sacramentar los enfermos, porque el padre fray Antonio de la Ascensión no podía moverse de una cama; y como la enfermedad era tan trabajosa, no se oía en la nao sino gritos y lamentaciones; los unos por aliviar sus dolores quejábanse a voces; y otros, por llorar sus pecados, hacían muchos actos de contrición en arrepentimiento de ellos. Los unos se quedaban muertos, hablando; otros, durmiendo; otros, comiendo; y, otros, estando sentados sobre sus camas; mas todos murieron como fieles cristianos y por lo menos confesados y oleados. Ver tantos muertos, tantos gritos y tantas lamentaciones, movería a compasión y lástima a las piedras. En esta tan grande necesidad acudió nuestro piadosísimo señor y redemptor Jesucristo a dar a los que venían con salud una caridad fervorosa y encendida en pechos; donde nunca había hallado asiento, ni morada, que acudieron al regalo de los enfermos y a su limpieza, con tanto amor y cuidado que no pudieran acudirse con más, ni aun con tanto, si cada uno acudiera a un solo enfer-

mo. Los religiosos (en especial el padre fray Tomás de Aquino) adivinando estos forzosos lances se previnieron en el puerto de Acapulco de cantidad de regalos; los cuales se reservaron para esta ocasión, que sin duda la total salud que tuvieron, después de Dios, tuvo principio y fin de este regalo.

Como los indios se fueron a sus tierras, la nao capitana entró por el canal de Santa Bárbara, con ánimo de llegar a reconocer la isla grande que dije se había visto al susudueste de la isla de Santa Catalina, y con propósito de estar en ella algunos días, para aguardar allí la fragata. De estos propósitos, que el general llevaba, le disuadieron los de su consejo por razón de no llevar gente que pudiesen coger las velas, ni zarpar las anclas a el tiempo de la partida, y porque la gente iba muriéndose a gran prisa y si se hiciera, acabarían allí todos, y de ello su majestad no recibiera ningún servicio, y Dios nuestro señor sería ofendido en dejarse morir pudiendo, con humanas diligencias, cada cual conservar la vida; y a los prójimos les hacía notable agravio en no remediar su extrema necesidad que, en caridad y justicia, cada cual tiene obligación en, semejante necesidad, ayudar a su prójimo. Propuestas las razones dichas, se determinó el general, con el común consentimiento de todos, a pasar adelante y no llegar a la isla de Santa Catalina, ni a reconocer la otra isla de más abajo; y que el piloto mayor guiasse por derrota derecha la nao a la isla de Cerros; y que de allí se pasara a el Cabo de San Lucas para aguardar, en el puerto de la Paz, el socorro que a el señor virrey había enviado a pedir. Con este acuerdo, el piloto puso por obra lo que se le había mandado; y prosiguiendo su navegación, llegando enfrente de la isla de Santa Catalina, cosa de cuatro o seis leguas, vinieron a la nao tres canoas de los indios de la isla de Santa Catalina, que trajeron muchos pellejos de lobos marinos y pescado y lo dieron todo en rescate de sartillas de cuentas y de tijeras y cuchillos baladíes y fue porque cuando los españoles estuvieron allí, los sintieron aficionados a estos pellejos; y así estaban prevenidos y salieron a venderlos. Aquí hicieron éstos, esta noche, en la nao, un famoso y sutilísimo hurto; y porque les cogieron con el se tornaron a ir a sus islas y la nao pasó adelante siguiendo su viaje. Los vientos escasearon y aflojaron, de suerte que lo que se navegaba era muy poco a poco y costa a costa; y así llegaron con las naos a los pozos que habían quedado en pie a el paraje de la ensenada de Todos los Santos, la cual, como se dijo, se había dejado para reconocerla a la vuelta; y no se entró a reconocerla porque la gente que venía hasta el canal de Santa Bárbara en pie, ya la más de ella había caído enferma; de suerte que solas tres o cuatro personas estaban en este paraje para poder marear las velas y gobernar el navío; y por esto se apartó un poco la nao de la costa, para abreviar con la navegación; y así lo que se hacía era reconocer las derrotas que en navegar aquella costa habían de guardar para que si a su majestad le pareciese supiesen las naos de China qué viaje habían de tomar después de haber reconocido la tierra del Cabo Mendocino, para con seguridad poder llegar a la Nueva España. A tres de febrero llegó esta nao capitana a vista de la isla de San Hilario; aquí refrescó el viento norueste y con esto se apartó algo más de tierra la nao, que sólo se alcanzaba a ver la

tierra y se reconocían los parajes. Pasó esta nao a vista de la bahía de las Vírgenes. Este día, a cinco de el dicho, reconoció la isla de Cenizas, que la nao almiranta había visto y reconocido como ya lo dijimos arriba; y aquí tomó más fuerzas el viento norueste y con él se hizo travesía a la isla de Cerros; y el día siguiente, por la tarde, surgió esta nao capitana en el sitio y paraje donde habían estado para hacer el agua y tomar leña; y aquí algunos de los marineros habían cobrado, con la mudanza de los temples, algunas fuerzas; y así se animaron todos a ir a tierra y traer agua y leña y el general salió con la gente a siete de el dicho y tomaron agua y leña y dejaron señas y escritos en tierra de la isla, para que si la fragata llegase allí, por ellos supiese de la capitana y supiese adonde la hallarían; y hecho esto se apercibieron para en habiendo tiempo partirse de allí, e ir en demanda de el Cabo San Lucas. A nueve de el dicho domingo por la mañana salió esta nao capitana por entre las islas, dejando por reconocer la ensenada y brazo de mar que reconoció la fragata, cuando el padre fray Antonio fue en ella (como se dijo), y habiendo salido de entre ellas el piloto mayor, con el viento a popa, por atajar camino, se apartó de la tierra y fue en demanda de el Cabo de San Lucas y llegó a reconocerle muy cerca de él, a catorce de el dicho mes, viernes a mediodía. Aquí entró el general en consejo y salió de acuerdo en que no entrasen en la bahía de San Bernabé, ni en la boca de la California, sino que pasasen a las islas de Mazatlan, tierra de la Nueva Galicia y de Cristianos y que allí aguardarían el tiempo que tardase en ir y venir a Mexico, por tierra, un correo a la ligera, para avisar al virrey de su llegada allí y de su trabajo y que mandase su excelencia lo que fuese servido, que sólo su mandato y orden le guardaría y cumpliría, como su excelencia fuese servido. Con este acuerdo y parecer atravesó la nao capitana la boca y brazo de la California y entró esta nao en el puerto de la isla de Mazatlan, lunes en la noche, que se contaron diez y siete días del mes de febrero, y el día siguiente se amarraron con la nao en el sitio y parte que pareció convenir más al sosiego de ella y a la comodidad de la gente, para poder ir y venir a tierra; y en él pasó lo que en el capítulo siguiente se dirá.

CAPÍTULO LVII. *En el cual se trata de lo que sucedió a esta nao capitana en este puerto de Mazatlan, y de la salida de él y de cómo entró en el puerto de Acapulco*



UEGO COMO LA NAO CAPITANA TOMÓ PUERTO en estas islas de Mazatlan, para dar aviso a la gente de la tierra firme, no supo el general qué orden se podía dar más conveniente, que salir él, en persona, con cinco soldados de los que él sintió con más fuerzas, a tierra, y con ellos acompañado llegarse a la villa de San Sebastián, que estaba casi ocho leguas, la tierra adentro; y así, a diez y nueve de el dicho, luego de mañana, fueron los cinco soldados con el general a tierra; y como nadie sabía a